



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA SESIÓN 4

CB 116 SEMINARIO EN BIBLIA II

Carter, Warren. "La teología imperial: un choque entre afirmaciones teológicas y sociales". En *El imperio romano y el Nuevo Testamento: guía básica*, 125-148. Estella (Navarra): Verbo Divino, 2011.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

6

La teología imperial: un choque entre afirmaciones teológicas y sociales

En el siglo I estaba ya establecido un conjunto importante de ideas teológicas que expresaban y legitimaban el imperio y el poder de Roma.

- Los dioses han escogido Roma.
- Roma y sus emperadores son mediadores del dominio, la voluntad y la presencia de los dioses entre los seres humanos.
- Roma manifiesta las bendiciones de los dioses –seguridad, paz, justicia, fidelidad, fecundidad– entre quienes se someten al dominio del imperio.

Roma y sus aliados de la élite fomentaban activamente en las provincias del imperio estas afirmaciones, que expresaban su modo de entender que el puesto dominante del imperio en el mundo se debía a la voluntad de los dioses. Estas ideas justificaban los esfuerzos por obligar a la gente a someterse a Roma y justificaban igualmente la sociedad jerárquica del imperio, el gobierno de la élite para su enriquecimiento propio y la privilegiada existencia de ésta. Estas afirmaciones fomentaban, además, maneras de vivir que eran “adecuadas” para los habitantes del imperio, especialmente la sumisión y la cooperación. Someterse a Roma era someterse a la voluntad de los dioses y era el medio de participar en la bendición de éstos. Es decir, estas afirmaciones tenían profundas consecuencias en el modo como la sociedad se estructuraba bajo el control de Roma y en el modo de vida de las personas.

Diversos “medios de comunicación” garantizaban que estas expresiones y sanciones del dominio de Roma circularan por todas las partes del imperio. Las monedas, auténticas vallas publicitarias de mano del imperio, las proclamaban en cada plaza de mercado con imágenes de figuras imperiales y dioses y diosas. Lo mismo hacían las estatuas de figuras imperiales. Las fiestas las anunciaban al tiempo que celebraban el cumpleaños, la sucesión o una victoria militar del emperador. Los miembros del personal imperial y militar eran el rostro de este imperio, que contaba con sanción divina, y también los representantes de la voluntad de los dioses. Los arcos o puertas y los edificios imperiales declaraban esa expresión y esa sanción. Numerosos autores, que habitualmente escribían para el alfabetizado público de la élite, las repetían.

El poeta Virgilio, por ejemplo, hace que Júpiter designe a Rómulo para fundar Roma y su imperio, del cual este dios declara: “No le pongo límite de espacio ni tiempo, sino que he dado un imperio sin fin” a los romanos, que serán “señores del mundo” (*Eneida* 1.254-282). Más tarde, Anquises le anuncia a Eneas que la misión de Roma es “gobernar el mundo... coronar la paz con la justicia, perdonar al vencido y aplastar al orgulloso” (*Eneida* 6.851-853).

En torno al tiempo de la misión de Pablo, Séneca pone en labios del emperador Nerón esta declaración: “¿He encontrado yo, entre todos los mortales, el favor del cielo y he sido escogido para desempeñar en la tierra el papel de vicario de los dioses? Yo soy el árbitro de la vida y la muerte para las naciones” (*Clem.* 1.1.2). En una de las páginas del historiador judío Josefo, Agripa, títere de Roma, reconoce que “sin la ayuda de Dios, nunca se podría haber construido tan vasto imperio” (*GJ* 2,390-391). Tácito pone en boca de un gobernador romano el recordatorio, dirigido al jefe de una tribu germana, de que “todos los hombres tenían que inclinarse ante los mandatos de sus superiores; aquellos dioses a los que ellos imploraban habían decretado que correspondiera al pueblo

romano tomar la decisión de qué dar y qué quitar” (Tácito, *Ann.* 13.51).

Las afirmaciones de la elección de Roma como la representante de los dioses se aplicaban no sólo al imperio como un todo, sino también a los emperadores concretos. Antes del ministerio de Jesús, el emperador Augusto (31 AEC-14 EC) fomentó activamente estas opiniones, y lo mismo hizo Vespasiano, el emperador reinante en torno al tiempo en que se escribieron los evangelios. Tras la gran inestabilidad política de los años 68-69 EC, Vespasiano aparece como el emperador triunfante. Suetonio recoge varios augurios y signos que, según él, indican que los dioses han elegido a Vespasiano y le han otorgado su favor. Uno de esos signos incluía un sueño en el cual Nerón tenía que “llevar la sagrada carroza de Júpiter Óptimo Máximo desde su santuario hasta la casa de Vespasiano” (*Vespasiano* 5.7). Según la interpretación que de él se hizo, este sueño significaba la transferencia del favor de Júpiter, del emperador Nerón, a Vespasiano como su sucesor por elección divina. Cuando Vespasiano se convierte en emperador en el 69 EC, termina la guerra civil de los años 68-69, y un año más tarde su hijo Tito destruye Jerusalén y acaba con la rebelión en Judea. Vespasiano acuña monedas que proclaman su llegada al poder como obra de varias deidades concretas. Algunas monedas muestran a Júpiter con un globo, otorgando el dominio universal a Vespasiano. Otras monedas presentan en lugar destacado a las diosas Paz (Pax) y Victoria (o Nike). Estas representaciones muestran el reinado de Vespasiano como la voluntad de los dioses y, además, anuncian particulares bendiciones divinas que él manifiesta entre sus súbditos.

En referencia al emperador Domiciano (81-96 EC), el poeta Estacio pone de relieve su papel representativo como intermediario de Júpiter, al declarar: “Por mandato de Júpiter rige [Domiciano] para él el mundo bendecido” (Estacio, *Silvae* 4.3.128-129). Y en referencia al emperador Trajano (98-117 EC), Plinio presenta a los dioses como “los guardianes y defen-

sores de nuestro imperio” y ora a Júpiter por “la seguridad de nuestro príncipe” (*Pan.* 94).

Esta teología imperial romana afirmaba que, a través del imperio de Roma, controlado por la élite, los dioses eran soberanos del mundo, tenían el derecho de dirigirlo y podían determinar qué tipo de sociedad humana, relaciones y conductas debían seguirse de ello. El acatamiento del dominio de Roma se alentaba presentando el orden del imperio como provisto de sanción divina.

A los seguidores de Jesús, estas afirmaciones les planteaban problemas. Los cristianos seguían a uno que había sido crucificado por el imperio. La crucifixión era el método definitivo con que contaba el imperio para eliminar a quien lo cuestionaba o amenazaba. Los cristianos entendían que el Señor es Jesús, no Júpiter. Entendían que Jesús había manifestado el reino, reinado o imperio de Dios, no el de Júpiter y Roma. ¿Cómo debían afrontar esta red de ideas entrelazadas, el imperio y la sociedad que éstas legitimaban y los comportamientos y usos cotidianos a los que daban forma? Vamos a examinar a tres autores del Nuevo Testamento que refutan e imitan estas afirmaciones con visiones teológicas y sociales alternativas.

Pablo

Como vimos en el capítulo 4, Pablo dirige sus cartas a pequeñas comunidades de seguidores de Jesús que viven en centros urbanos diseminados por el imperio. Era frecuente que esas comunidades se esforzaran por determinar cuál era la relación adecuada con los colectivos ciudadanos que constituían su entorno. ¿Cómo debían afrontar las afirmaciones sobre el papel de Roma, dotado de sanción divina? ¿Tenían que participar en las fiestas que honraban al emperador? ¿Cuáles debían ser sus actitudes y sus maneras de proceder con respecto a las autoridades, las fiestas y la propaganda imperiales?

Pablo no insta a estas comunidades de Jesús a abandonar sus ciudades ni a volver la espalda a los asuntos públicos. No aboga por escapar de los problemas político-cívico-sociales del imperio, ni por hacer caso omiso de ellos. Tampoco les insta a emplear tácticas violentas para derrocar al imperio.

Por el contrario, les ayuda a afrontar estos contextos públicos y estas afirmaciones imperiales para permanecer fieles a los designios de Dios sobre el mundo. Al hacer hincapié en la identidad especial de sus comunidades dentro de los designios de Dios todavía incompletos, el apóstol refuerza su identidad grupal y sus límites, en cuanto distintos de la colectividad que les rodea pero partícipes de ella. Además, enmarca sus dificultades presentes dentro del contexto cósmico más amplio de la participación en los justos designios de Dios sobre el mundo, que, aunque todavía incompletos, acabarán alcanzando la victoria. Es decir, los cristianos pertenecen al imperio de Dios (Rom 14,17; Flp 3,20).

Las nociones relativas a la alianza influyeron de manera importante en el pensamiento teológico de Pablo. Dios era doblemente fiel: a las promesas que él mismo había hecho a Israel como pueblo de Dios, y a la de bendecir con vida a toda la creación de Dios (2 Cor 1,20). Además, Pablo era un pensador apocalíptico que entendía que los designios de Dios todavía no se habían completado. Con el regreso inminente de Jesús, Dios pondría fin a este mundo marcado por el pecado y la muerte y cumpliría de manera definitiva sus buenos y vivificantes designios. En estas afirmaciones era fundamental la convicción de que la soberanía sobre el mundo no pertenecía a Júpiter y Roma, sino a Dios (Rom 1,18-32; 11,33-36; 1 Cor 8,6; 10,26 citando Sal 24,1: "Del Señor es la tierra"). Y la soberanía universal e incluyente de Dios se hacía realidad en comunidades incluyentes, étnicamente mixtas, que proporcionaban experiencias y maneras de proceder colectivas que constituían una alternativa a las estructuras sociales del imperio dominadas por la élite, jerárquicas y excluyentes. Pablo

entiende que el Evangelio de Dios y sobre Dios (Rom 1,1) revela los soberanos designios divinos en el mundo de Roma.

El evangelio de Pablo y sus comunidades representa un importante cuestionamiento teológico de las pretensiones de Roma. En su evangelio es fundamental la afirmación de que hay un solo Dios (Rom 3,27), el creador de todo (Rom 1,18-32). “Existen, en verdad, quienes reciben el nombre de dioses, tanto en el cielo como en la tierra –y ciertamente son muchos esos dioses y señores–; sin embargo, para nosotros no hay más que un Dios: el Padre” (1 Cor 8,5-6). A Júpiter/Zeus se le denominaba habitualmente Padre (Virgilio, *Eneida* 1.254: “el padre de hombres y dioses”), y al emperador se le conocía como “padre de la patria”. Se le consideraba como un padre que tenía autoridad sobre los miembros de su vasta (y sumisa) casa, su imperio, y que derramaba sobre ellos su bendición.

Frente a estas afirmaciones, Pablo echa mano de las tradiciones de la Biblia hebrea para presentar al Dios de Israel como el padre de los creyentes (Dt 32,6; Jr 3,19-20; Rom 1,1.7b)..En Gál 4,8 rechaza a esos “supuestos dioses” como “seres que por naturaleza no son dioses”, y en Rom 8,38-39 declara que todas las potencias cósmicas carecen de poder en lo tocante a las actuaciones amorosas y salvíficas de Dios. Para los creyentes hay “uno solo Señor, Jesucristo” (1 Cor 8,6; Rom 1,1). Pablo vuelve a utilizar aquí un lenguaje que habitualmente se aplicaba al emperador (“Señor”). El uso constante que Pablo hace de un lenguaje estrechamente asociado al poder imperial, y la nueva definición con contenido cristiano que da de esos términos, es indicio de un cuestionamiento directo del evangelio del César.

El ataque de Pablo no sólo rechaza el politeísmo, sino que además se enfrenta a la teología imperial romana, poniendo en tela de juicio la sanción divina que ésta atribuye al imperio. Si no hay otros dioses, sino un único Padre divino, las pretensiones de Roma de gobernar y moldear el mundo de acuerdo con la soberana voluntad de Júpiter y el resto de los dioses quedan desenmascaradas como vacuas. Los cristianos podían encontrar

en este planteamiento paulino razones más que suficientes para no participar en los ritos imperiales que se celebraban en casas, asambleas gremiales o fiestas públicas.

Además, el análisis que Pablo hace pone de manifiesto que el mundo sometido al poder de Roma no está ordenado según los designios de Dios. No reconoce la soberanía de Dios. Asegura lealtades a quienes no las merecen, con lo cual las personas dan culto a las criaturas, no al creador (Rom 1,18-32). Pablo dice que los ídolos o imágenes, entre los que se deben incluir las de los emperadores, son el lugar donde habitan los demonios (1 Cor 10,20-21). El culto a los ídolos es expresión de que no se ha reconocido a Dios, y esta falta de reconocimiento va acompañada por unas relaciones sociales destructivas (Rom 1,29-31). Este mundo está regido por poderes hostiles a los designios de Dios: el pecado y la muerte (Rom 6,9.14), la carne (Rom 8,7) y Satanás (Rom 16,20). Este mundo presente, situado bajo el dominio de Roma (en contraste con el mundo venidero del reinado de Dios), es perverso (Gál 1,4). Está marcado por “la impiedad y la maldad” (Rom 1,18). Su sabiduría es necedad en comparación con los caminos de Dios (1 Cor 2,6). Se trata de una feroz condena del imperio jerárquico, explotador y legionario de Roma.

La intervención de Dios, sin embargo, está llevando esta situación a su final (Rom 16,20). La perspectiva de Pablo se opone claramente a las afirmaciones de que el emperador había salvado al mundo y había instituido la edad de oro bendecida por los dioses. La noción de edad de oro, el *saeculum aureum*, estuvo especialmente asociada con el emperador Augusto (muerto en el año 14 EC) y hacía referencia a un orden social marcado por la virtud y la tranquilidad, y alcanzado mediante la guerra, el triunfo y la dominación. Durante los años cincuenta, la época de Pablo, Séneca la emplea en su obra *Sobre la clemencia*, escrita para instruir al emperador Nerón (54-68 EC). Séneca presenta a Nerón como la única esperanza para rescatar al mundo del pecado mediante su “clemente” reinado!

A Séneca no le pasa en ningún momento por la cabeza que el imperio de Roma caiga, sino que escribe para sostenerlo. Pablo tiene otros objetivos. Dios, “el Padre de las misericordias” (2 Cor 1,3-4), y no Roma, es quien, en su fidelidad, dará vida a todos los seres humanos (Ef 2,4-5). El imperio y la justicia de Dios salvarán al mundo (Rom 14,17).

El representante de Dios a la hora de hacer valer la soberanía de éste es Jesús. Pablo centra la atención en su muerte, resurrección y regreso. La fidelidad de Jesús a los designios de Dios tuvo como resultado su crucifixión. Roma utilizaba la crucifixión como una forma de tortura que eliminaba las amenazas al sistema imperial e intimidaba a los demás para que adoptaran una actitud de acatamiento sumiso. Pablo menciona a “los poderosos de este mundo” (1 Cor 2,8) como los responsables de la muerte de Jesús. Esta expresión se ha interpretado como una referencia a potencias celestes o a gobernantes humanos. Es muy probable que haga referencia a ambos, de modo que designe a los representantes imperiales y a las potencias sobrenaturales que actúan entre bastidores. La proclamación por parte de Pablo de “Cristo crucificado” (1 Cor 1,23; 2,2) pone de manifiesto la profunda hostilidad existente entre los designios de Dios, expresados en Jesús, y el mundo imperial. Los gobernantes de éste emplean la violencia para proteger su orden y su poder contra la amenaza de Jesús. Éste experimenta el destino de muchas personas esclavizadas por el emperador que se atreven a imaginar un orden diferente (Flp 2,7).

Pese a las pretensiones de una “Roma eterna” que gobernará su imperio para siempre, la cruz pone también de manifiesto los límites del poder romano. Roma no puede mantener muerto a Jesús: Dios da “vida a los muertos” (Rom 4,17). La resurrección de Jesús anticipa la destrucción de los poderes gobernantes (1 Cor 2,8), la resurrección universal y el establecimiento del imperio de Dios sobre todo (1 Cor 15,20-28). Dios acabará con este sistema imperial injusto e idolátrico en la “venida” final de Jesús (1 Tes 2,19; 3,13; 4,15; 5,23; 1 Cor 15,23).

Una vez más, Pablo toma un término imperial, *parousia*, que habitualmente se usaba para referirse a la llegada de una autoridad imperial, un general o un emperador (por ejemplo, Josefo, *GJ* 5.410, Tito), y lo aplica a Jesús y a la realización de los designios de Dios.

Pablo presenta al “Señor Jesucristo”, que vendrá del cielo para cumplir estos designios, como el “salvador” (Flp 3,20). De nuevo utiliza un término, “salvador” (*sōtēr*), que comúnmente se aplicaba al emperador (Josefo, *GJ* 3.459; *Vespasiano*). Al aplicárselo a Jesús, Pablo indica que no cree que Roma y sus emperadores hayan salvado al mundo de nada. La pretensión de Roma de haber traído la seguridad y haber efectuado la liberación del peligro (*sōtēria*) es falsa. Por el contrario, es Dios quien salva al mundo de las manos de Roma y de sus falsas pretensiones. En el momento de la venida de Jesús, en una visión que imita los triunfos imperiales, “todo principado, toda potestad y todo poder” quedan destruidos; “todos sus enemigos” son puestos “bajo sus pies” y sometidos al reinado de Dios (1 Cor 15,23-28; Flp 2,5-11).

El momento en el que tendrá lugar esta “venida” de Jesús (1 Tes 4,15), este “día del Señor” (5,2), se desconoce. Jesús invadirá el mundo romano, en el que la gente declara que “hay paz y seguridad” (1 Tes 5,3). Esta frase evoca abiertamente el hecho de que Roma se jacta de haber otorgado al mundo estas bendiciones (Josefo, *GJ* 6.345-346). La *Pax romana* (“paz romana”) se celebraba, por ejemplo, en Roma en el Ara Pacis Augustae, el altar de la paz augustal. Este monumento de forma cúbica, con muros sumamente decorados, fue testigo de las victorias de Roma en las guerras derivadas de su fidelidad a la misión que los dioses le habían encomendado de gobernar el mundo. La fidelidad producía victorias militares, lo cual a su vez producía la paz. “Paz” denotaba la sumisión a Roma impuesta por la fuerza de las armas o negociada mediante tratados y alianzas. “Paz” y “seguridad” describían un mundo bajo el control jerárquico de la élite y gobernado para el provecho

de unos pocos. Pablo critica este mundo imperial llamándolo “noche” y “tinieblas” (1 Tes 5,5). Es lo contrario a un mundo ordenado según los justos designios de Dios para el bienestar (salvación) de todos.

En el tiempo que precede a la venida de Jesús, Pablo ve a Dios en acción en medio, y enfrente, del mundo de Roma. Denomina la actividad de Dios “gracia y paz” (1 Tes 1,1). La gracia es el poderoso don gratuito de Dios que crea paz, un mundo marcado por la integridad y la justicia para todos. Entretanto, los creyentes toman parte en los designios de Dios viviendo la fidelidad, el amor y la esperanza de la inminente salvación divina de las manos de ese mundo, que se llevará a cabo en el momento de la venida de Jesús (5,8-11).

En Romanos, Pablo declara que Dios está ya actuando, poderosa y fielmente, con vistas a la salvación (Rom 1,16-17). Éste es el Evangelio, la buena noticia que pone de manifiesto la justicia o rectitud de Dios mediante su fidelidad (1,16-17). Pablo declara: “No me avergüenzo del Evangelio; es el poder de Dios para la salvación de todo el que tiene fe [o fidelidad], de los judíos primero y también de los griegos. Pues en él la rectitud [o justicia] de Dios se revela por la fe y para la fe”. Estos versículos de los capítulos iniciales de Romanos compendian la afirmación central de la carta. Resulta significativo que estos dos versículos estén llenos de palabras que eran términos imperiales de uso corriente. Pablo se enfrenta de nuevo a las pretensiones imperiales y les niega su legitimidad al compararlas con los designios considerablemente diferentes de Dios, de justicia para todos.

- *Evangelio/Buena Noticia*: Este término/expresión designaba con frecuencia los bienes del imperio, tales como el nacimiento de un emperador, una conquista militar suya o su accesión al poder (Josefo, *GJ* 4.618). Siguiendo la tradición de Isaías (especialmente Is 40 y 52), Pablo utiliza el mismo lenguaje para hablar no de las “bendiciones” de Roma, sino de la actividad salvadora

de Dios y del establecimiento de su reinado o imperio en lugar del de Roma (Is 52,7). Creer en el Evangelio es comprometerse con Dios obedeciéndole como rey o emperador (Rom 1,5).

- *Salvación*: Este término también designaba las bendiciones del mundo de Roma, especialmente su seguridad y orden, alcanzado mediante la liberación de toda amenaza y peligro. Pero, por supuesto, este orden no era otra cosa que beneficio para unos pocos –el poder militar de Roma– y sumisión forzada para la mayoría. Evocando de nuevo la tradición de Isaías, Pablo presenta una realidad alternativa en la cual el poder salvador de Dios libera de las potencias imperiales (Is 45,17; 46,13) y crea integridad y bienestar para todos (49,6; 52,10).
- *Rectitud o justicia*: El evangelio de Pablo es un ataque a Roma, y el apóstol utiliza el lenguaje de la victoria, con resonancias imperiales, para afirmar el inevitable triunfo de Dios (1 Cor 15,57). Pero al menos un dato hace pensar que Pablo no está simplemente imitando al imperio. Lo que está haciendo Dios es fundamentalmente diferente. Roma proclamaba su misión de dar la justicia al mundo “para coronar la paz con la justicia” (Virgilio, *Eneida* 6.851-853; *Hechos de Augusto* 34). En Roma existía un templo dedicado a Iustitia, la diosa Justicia, que, según se creía, actuaba a través de Roma. La justicia romana, sin embargo, era inevitablemente representante de su sistema imperial. Su función era mantener el control de la élite sobre el resto castigando y eliminando a quienes (como Jesús) amenazaban su poder. Pablo entiende que la justicia (o rectitud) de Dios no queda revelada por Roma, sino por el Evangelio. Y esta justicia no es punitiva, ni busca su propio interés beneficiando únicamente a la élite. Esta justicia entraña que Dios actúa recta o fielmente respecto a sus designios de alianza anunciados en la promesa hecha a Abrahán de bendecir a

todas las naciones de la tierra (Gn 12,1-3). La actuación de Dios en el mundo consiste en rectificar las cosas para todos, “para los judíos primero y también para los griegos”. Esta obra se ha iniciado ya en la muerte y resurrección de Jesús, con la cual, por el hecho de resucitar a Jesús, Dios vence la injusticia romana. Esta obra de “rectificación”, de aportación de justicia, quedará completada en el momento del regreso de Jesús.

- *Felplentud*: Los actos de Dios que llevan consigo salvación, justicia o rectitud tienen su origen en la fidelidad divina. Quedan expresados mediante la fidelidad de Jesús (Rom 3,21-26), y uno se encuentra con ellos en la fidelidad humana (a menudo traducida por “creer” o “fe”), que abarca la confianza, el compromiso, la lealtad y la obediencia vitales (Rom 1,5). Pablo utiliza un lenguaje que era fundamental en las afirmaciones imperiales. En éstas se expresaba la creencia de que la diosa Fides, lealtad o fidelidad, actuaba a través de los gobernantes del imperio. El emperador representaba la lealtad o fidelidad de Roma a tratados y alianzas (*Hechos de Augusto* 31-34). Pero esa lealtad requería una lealtad recíproca que entrañaba la sumisión a la voluntad de Roma y la cooperación con su dominio, centrado en su propio beneficio. Pablo anuncia la fidelidad de Dios a designios muy diferentes (justicia para todos) e invita a los oyentes del Evangelio a confiarse a esos designios, participando con lealtad en la obra de Dios, que trae la justicia.

Pablo ve que este ataque teológico a las pretensiones de Roma va tomando forma social. La obra de Dios, proclamada por medio de la misión de Pablo, da forma a comunidades que encarnan una identidad diferente y unos modos de proceder alternativos, en cuanto toman parte en los designios divinos. Los creyentes de Filipos hacen presentes los designios de Dios en la tierra aunqu su ciudadanía o “mancomunidad” está en

el cielo. Pese a que su destino propio es la morada de Dios desde la que vendrá Jesús, en el presente viven como una colonia de extranjeros o de veteranos reasentados en territorio extranjero. Pablo suele dirigirse a las comunidades llamándolas *ekklesia* (1 Cor 1,2; Gál 1,2; Flm 2). Este término se hace eco del lenguaje que la traducción griega del Antiguo Testamento (los Setenta) aplica a la asamblea del pueblo de Dios, y también del nombre dado a la asamblea ciudadana de las ciudades de habla griega en la parte oriental del imperio romano. Así, el uso de esta palabra por parte de Pablo presenta sus iglesias como asambleas rivales.

También utiliza frecuentemente el lenguaje doméstico para denotar la identidad de esas iglesias y sus relaciones. Dado que Dios es su Padre, sus miembros son hermanos y hermanas (Rom 12,1; 1 Cor 1,10-11). Deben mostrarse un amor “familiar” unos por otros (Rom 12,10). Estas asambleas tienen que manifestar unas relaciones sociales diferentes, que sustituyan las explotadoras jerarquías sociales y de género del imperio por unas relaciones más igualitarias y humanitarias (Gál 3,28). Las comidas han de hacer realidad estas relaciones diferentes (1 Cor 11,17,34), lo mismo que las ha materializado ya el procedimiento económico alternativo de la colecta de las iglesias gentiles en favor de los pobres de Jerusalén (1 Cor 16,1-4; 2 Cor 8-9; Rom 15,25-33).

Se debe señalar, no obstante, que, en la misma medida en que Pablo esboza esta alternativa y este ataque teológicos y sociales al imperio, se encuentra también profundamente influido por este mundo del imperio. A la hora de hacer su presentación del abrumador poder de Dios, echa mano de nociones imperiales. Celebra su ministerio como ejercido siempre triunfalmente (2 Cor 2,14). Emplea su propia autoridad “imperial” y patriarcal para exigir de las iglesias lealtad y obediencia (1 Cor 4,15). Disfruta del patronazgo de quienes apoyan su ministerio (Febe: Rom 16,1-4). Declara que la esclavitud no importa (Gál 3,28), pero no parece oponerse a ella.

En el difícil pasaje de Rom 13,1-7, que analizaremos en el capítulo 8, insta a la sumisión a Roma. Sin embargo, en todo momento anuncia también el juicio de Dios sobre el imperio de Roma, y sus designios alternativos, vivificadores y justos. En su calidad de comunidades de resistencia y de solidaridad con los oprimidos por el poder de Roma, las comunidades deben vivir como partícipes de los designios de Dios hasta que éste cumpla esos designios en el momento del regreso de Jesús.

Los evangelios

También los evangelios refutan teológica y socialmente esas afirmaciones de que los dioses han escogido a Roma para manifestar la soberanía, presencia, representación y bendiciones de los dioses.

Mateo

Soberanía

El evangelio de Mateo afirma reiteradamente que el mundo pertenece no a Roma a instancias de Júpiter, sino a Dios. Los designios soberanos de Dios se imponen sobre los de Roma.

La genealogía inicial de Mateo pasa revista a la historia de Israel poniendo de relieve tres grandes acontecimientos que revelan los designios soberanos de Dios (1,1-17). Dios le promete a Abrahán que por él bendecirá a todas las naciones de la tierra (Gn 12,1-3). Dios le promete a David un reino que durará por siempre (2 Sm 7,14). Pero el tercer gran acontecimiento, la caída de Jerusalén y el exilio de su clase dirigente a Babilonia en el 587 AEC, parece haber puesto en peligro esos designios. La pérdida del país, la destrucción de Jerusalén y el exilio de sus dirigentes parecen ser el final de cualquier bendición para los demás y, con mayor razón aún, el final del reino eterno prometido. Los versículos 12-16 indican, sin embargo, que los designios de Dios continúan con un sorprendente regreso del exilio. El poder imperial no puede desviar ni derro-

tar la obra de Dios. Entremedias de estos grandes acontecimientos, Dios actúa a través de todo tipo de personajes –masculinos y femeninos, reyes buenos y malos, judíos y gentiles, importantes y marginales– para llevar adelante sus designios en Jesús el Cristo. Significativamente, Roma no aparece en este repaso histórico.

Dios hace valer su soberanía en la concepción de Jesús por medio del Espíritu (1,18-25). Dios encomienda a Jesús la misión de manifestar la presencia salvadora de Dios en un mundo de pecados (1,21-23). El imperio de Roma no ordena el mundo según los designios de Dios. Como era de esperar, en el capítulo 2, uno de los representantes de Roma pone en peligro la obra de Dios. Herodes, que ostenta el poder en su calidad de rey títere de Roma, utiliza a sus aliados, los jefes que tienen su sede en Jerusalén, y a los Magos de oriente para intentar matar a Jesús por representar una amenaza para su reinado. Sin embargo, Dios protege a Jesús utilizando ángeles y sueños para frustrar los esfuerzos de Herodes. En este capítulo de Mateo se señala irónicamente en tres ocasiones la muerte de Herodes (2,15.19.20).

En 4,1-11, el diablo ataca la realización de los designios de Dios tentando a Jesús. El núcleo de las tentaciones atañe a si éste será leal a los designios de Dios, en su calidad de hijo y representante de Dios (3,13-17), o si obedecerá al diablo. En la tercera tentación (4,8-9), el diablo ofrece “todos los reinos [imperios] del mundo” a Jesús si le obedece. Esta oferta es una sorprendente afirmación de la soberanía del diablo sobre el mundo y sus imperios. Revela una alianza entre el diablo y Roma y desenmascara al Maligno como el poder que está detrás del imperio de ésta.

Varios versículos más tarde, en el diabólico mundo de Roma, Jesús empieza su ministerio público con una afirmación contraria. Anuncia la soberanía de Dios con estas palabras: “Está llegando el reino [imperio] de los cielos” (4,17). La palabra “reino” o “imperio” (en griego, *basileia*) es la misma que el

diablo usó en 4,8 y se aplica de manera habitual al imperio de Roma. La expresión “reino [imperio] de los cielos” compendia la misión de Jesús de manifestar la presencia salvadora de Dios. El resto del evangelio expone en detalle el imperio o presencia salvadora de Dios en escenas que ponen de manifiesto la afirmación de la soberanía de Dios: sobre las vidas humanas, en la vocación de los discípulos (4,18-22; 9,9); sobre las enfermedades (4,23-25; caps. 8-9); el viento y el mar (8,23-27); los demonios (8,28-34; 12,28); el pecado (9,2-8); la muerte (9,18-26; cap. 28); sobre el templo de Jerusalén y los adversarios de Jesús, el grupo dirigente aliado con Roma (caps. 21-22). El lenguaje de Jesús afirma la soberanía de Dios como “Padre nuestro que [estás] en el cielo” (6,9) y “Señor del cielo y de la tierra” (11,25). Él enseña a los discípulos a orar para que se establezca la soberanía de Dios: “Venga tu reino [imperio]. Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo” (6,10). Su resurrección hace valer la soberanía de Dios sobre la muerte y también sobre el poder de Roma. Roma no es capaz de mantener muerto a Jesús. Jesús resucitado declara que él comparte con Dios “toda autoridad en el cielo y en la tierra” (28,18).

La afirmación definitiva de la soberanía de Dios llega cuando Jesús regresa como Hijo del hombre. En 24,27-31, su regreso se hace eco de Dn 7, donde Dios destruye todos los imperios y establece su imperio sin fin. Jesús destruye el ejército de Roma (el águila: 24,28) y las deidades cósmicas que supuestamente sancionan el imperio de Roma (24,29). El juicio universal (24,31; 13,39-42) valora si la gente ha dado de comer al hambriento, ha vestido al desnudo y ha cuidado del enfermo y el encarcelado (25,31-46). Los discípulos deben vivir atendiendo a estas tareas hasta que se establezca sobre todas las cosas la soberanía de Dios, no la de Roma. Hay que señalar que, al tiempo que Mateo utiliza esta expectativa escatológica para refutar la soberanía de Roma, en esta escena su evangelio imita los modos de proceder imperiales, al hablar de la imposición violenta y forzada del imperio de Dios sobre todos los seres humanos.

Presencia

El evangelio de Mateo rechaza la afirmación de que Roma y el emperador manifiestan la presencia de los dioses. Por el contrario, afirma que quien manifiesta la presencia de Dios para salvar y regir el mundo es Jesús.

En tres lugares sumamente estratégicos, el evangelio afirma que la presencia de Dios se manifiesta en Jesús. En 1,22-23, la misión de Jesús de salvar de los pecados se detalla con una cita de Is 7,14 (e Is 8,8.10) que presenta a Jesús como “‘Emmanuel’, que significa ‘Dios está con nosotros’”. Esta declaración inicial enmarca toda la narración del evangelio. Todas las obras y palabras de Jesús –su enseñanza, sus curaciones, sus multiplicaciones de alimentos, sus comidas, sus exorcismos, sus conflictos– manifiestan la presencia salvadora de Dios.

La cita de Is 7,14 pone de relieve otra dimensión. Is 7–9 se ocupa de la amenaza que para el reino sureño de Judá suponen el reino nortero de Israel y su aliado, Siria. Dios ofrece al rey Ajaz y a su pueblo un signo de la presencia de Dios junto a ellos y de la salvación que van a recibir. El nacimiento de un bebé, la siguiente generación, promete su liberación de la amenaza imperialista. Este futuro, no obstante, requiere que en este momento confíen en Dios. La evocación de esta historia interpreta las circunstancias de la comunidad de Mateo. También ellos viven con una amenaza imperial. El bebé Jesús es para ellos un signo de la presencia de Dios y de su liberación de esa amenaza. También ellos deben confiar en que Dios va a realizar sus designios salvíficos.

La segunda declaración explícita de la presencia de Dios manifestada por Jesús se produce en mitad del evangelio, en 18,20. Jesús promete estar presente junto a la comunidad de discípulos reunidos para orar. Significativamente, esta garantía dada por Jesús forma parte de un capítulo que con frecuencia recibe el nombre de “discurso eclesialístico”. En el capítulo 18, Jesús explica qué tipo de comunidad es la que constituyen los discípulos comprometidos con el imperio de Dios. Esta comu-

nidad acoge a los vulnerables y los últimos y cuida de ellos (18,1-14), practica la reconciliación (18,15-20) y ofrece el perdón (18,21-35). Estos compromisos con la misericordia, la inclusión, el servicio y la reconciliación difieren enormemente de los compromisos del imperio con la dominación, la explotación, el dominio encaminado al enriquecimiento propio y con la sumisión. La presencia de Jesús constituye una experiencia social alternativa.

La tercera declaración explícita de la presencia de Dios manifestada por Jesús aparece al término del evangelio (28,18-20). Jesús resucitado envía a sus discípulos en misión al mundo sometido al poder de Roma. Pero, a diferencia de la misión de Roma de dominar y sojuzgar, los discípulos deben anunciar y realizar los designios de Dios y su presencia, revelados por Jesús, quien promete estar con ellos “siempre, hasta el fin del mundo”. Su presencia les guía en su discipulado, pero también anticipa el cumplimiento final de los designios de Dios.

Representación

El evangelio pone en tela de juicio la afirmación imperial de que el emperador y Roma son representantes escogidos para manifestar la soberanía, voluntad y presencia de los dioses entre los seres humanos. Muestra a Jesús como representante escogido de Dios, encargado de hacer realidad la presencia salvadora de Dios y su imperio vivificador entre los seres humanos.

Como hemos señalado, el nombre dado a Jesús denota la misión que se le ha encomendado de ser representante de Dios. El ángel del Señor da instrucciones a José para que le ponga el nombre de “Jesús”, porque “él salvará a su pueblo de sus pecados” (1,21). Su nombre, utilizado unas 150 veces en el evangelio, expresa constantemente su identidad como representante de los designios de Dios.

Además, el evangelio aplica a Jesús varios “títulos” que denotan su identidad como representante de Dios. El versículo inicial lo presenta como “Cristo” (1,1.17), término cuya forma

hebrea es *Messiah* y que significa ser “ungido”. Ungir con aceite representaba que un sacerdote (Lv 4,3.5), un rey (Sal 2,7), un profeta (1 Re 19,16) e incluso un soberano gentil, el persa Ciro (Is 44,28; 45,1), quedaban puestos aparte –o encargados por Dios– para desempeñar tareas especiales. Algunas tradiciones judías –pero no todas, ni mucho menos– esperaban varios tipos de figuras mesiánicas. Algunas de esas figuras serían ungidas o recibirían la misión de liberar de Roma al pueblo (Salmos de Salomón 17; 4 Esdras 12,32-34) o de desempeñar un papel en la instauración del imperio de Dios (1 Henoc 46–48). Al presentar a Jesús como Cristo, el evangelio señala que él es el representante escogido de Dios.

Otras expresiones formulan una afirmación similar. El Evangelio presenta a Jesús como hijo de Dios (2,15; 3,17; 4,3.6; 11,25-27; 16,16). Para los cristianos del siglo I, esta expresión denota a alguien que tiene una especial relación con Dios y es representante de sus designios y su voluntad. Por ejemplo, en la Biblia hebrea, el término *hijo* denota al rey (Sal 2,7), a Israel (Os 11,1) y al sabio (Sab 2), personas o colectivos todos ellos que hacen presentes los designios de Dios. En su calidad de hijo de Dios, Jesús es el representante de su imperio y su presencia salvadora (1,21-23; 4,17). Con sus obras y palabras hace realidad la voluntad de Dios. Quienes se comprometen con Jesús prolongan esta tarea de ser representantes de los designios de Dios (10,7-8; 28,19-20). Son llamados “hijos” de Dios. Crean una paz no basada en el poder militar, sino en la justicia de Dios (5,9). Aman a sus enemigos y perseguidores y oran por ellos, en lugar de destruirlos (5,44-45), personificando así el amor de Dios por todos los seres humanos sin excepción.

Bendición o bienestar social

Los dueños del imperio afirmaban que, en su calidad de representantes exclusivos de la soberanía, presencia y voluntad de los dioses, ellos aportaban al mundo el bienestar o bendi-

ciones tales como la paz, la fecundidad, la armonía, la seguridad, etc. Mateo no acepta esta opinión de la élite y la pone en evidencia como falsa. Por el contrario, es la obra de Dios realizada en el mundo a través de Jesús y sus seguidores lo que manifiesta la bendición de Dios, es decir, el imperio de Dios (4,17; 5,3.10), su Buena Noticia (4,23) y su justicia/rectitud (5,10.20; 6,33). Como Pablo, Mateo utiliza un vocabulario en el que aparecen con frecuencia afirmaciones imperiales.

El evangelio de Mateo pone de manifiesto que el mundo sometido al dominio de Roma es, para la mayoría de sus habitantes, un lugar de desesperación, no de bendición. El evangelio está poblado por personas enfermas (4,23-24; caps. 8-9). Jesús trae curación. El mundo de Roma está poblado por gente sometida al control de los demonios (4,24; 8,28-34). Los exorcismos de Jesús traen liberación. El mundo de Roma es un lugar de hambre. Los discípulos rezan pidiendo el pan de cada día (6,10) y en dos ocasiones Jesús cura y alimenta a grandes muchedumbres, proporcionándoles comida abundante (14,13-21; 15,29-39).

El sermón de la montaña, el primer discurso doctrinal de este evangelio, empieza con la declaración por parte de Jesús de unas bendiciones que son el resultado de la instauración del imperio de Dios (4,17; 5,3-12). La primera bienaventuranza bendice a los “pobres en el espíritu”. Mateo no espiritualiza las bienaventuranzas bendiciendo una condición “espiritual”. Por el contrario, Jesús acaba de curar a numerosos enfermos (4,24-25). Sus enfermedades han vuelto aún más precarias sus vidas ya pobres y desesperadas. La pobreza nunca es un mero fenómeno físico, sino que destruye el núcleo mismo de una persona: corroe su espíritu. Jesús declara benditos a estos “pobres en el espíritu”, a esos material y físicamente pobres en sentido literal, que constituían aproximadamente el 97 por ciento del mundo de Roma. ¿Por qué son benditos? El imperio de Dios está ya en acción para reconducir el mundo a los justos designios de Dios, y estos designios van a cumplirse.

De manera parecida, en 5,5 Jesús bendice a los humildes. Por humildes no se ha de entender a los peleles o a quienes se dejan pisotear; por el contrario, Jesús cita el salmo 37, en el cual los humildes son los pobres literales que son explotados por los poderosos y acaudalados y se ven despojados de sus tierras. Jesús cita la reiterada promesa del salmo 37, según la cual se puede confiar en que Dios va a devolverles su tierra, el recurso básico necesario para la supervivencia. Esta bienaventuranza anticipa la consumación escatológica de los designios de Dios.

Las bienaventuranzas expresan además la bendición de Dios sobre los que viven según los designios divinos en el presente. Quienes tienen hambre y sed de justicia, quienes son misericordiosos, quienes son puros de corazón, quienes crean paz y pagan las consecuencias en forma de oposición, experimentan el favor de Dios. Sus obras se oponen radicalmente a los valores y modos de proceder del imperio. Participan de una realidad social alternativa. En 20,25-26, Jesús compara esta vida basada en la misericordia y el servicio con la del imperio. En contraste con los “jefes de las naciones” y sus “magnates [que] las oprimen”, la comunidad de los discípulos se identifica con quienes carecen de poder y son vulnerables. Como los esclavos, deben buscar el bien, no los bienes, de los demás.

Al igual que Pablo, Mateo cuestiona teológicamente las pretensiones de Roma e imagina una experiencia social alternativa en la cual la soberanía de Dios, su presencia y su bendición se pueden encontrar, ahora y en el futuro, a través de Jesús, el representante de Dios.

Lucas

Hasta este momento he centrado la atención en Pablo y Mateo, pero ahora voy a señalar brevemente otro ejemplo más en el que un evangelio refuta algunos aspectos de las pretensiones de Roma de contar con una sanción divina.

Los capítulos iniciales del evangelio de Lucas presentan a Jesús con un lenguaje que rechaza las pretensiones de Roma. El ángel le anuncia a María que va a concebir a Jesús y que éste va a recibir de Dios la misión de ser representante de la soberanía divina: “El Señor Dios le dará el trono de su antepasado David. Reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin” (1,32-33). Contra la pretensión de Roma de un dominio sancionado por los dioses que ha de durar para siempre, Lucas recuerda la promesa hecha a David de un reino que durará para siempre (2 Sm 7). Y contra el dominio cruel y explotador de Roma, Lucas recuerda la tradición según la cual David es un representante del dominio misericordioso y justo de Dios (Sal 72). Se produce un choque de diferentes soberanías, representaciones y maneras de entender el bienestar social.

María prolonga este tema en su himno de alabanza, llamado habitualmente “el Magnificat”: “Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador, porque ha mirado con favor la bajeza de su sierva... Él dispersó a los de corazón soberbio. Derribó de sus tronos a los poderosos y ensalzó a los humildes. Colmó de bienes a los hambrientos y a los ricos despidió sin nada” (Lc 1,46-56, fragmentos seleccionados). Las palabras de María celebran el derrocamiento del mundo de Roma por parte de Dios.

Lucas hace hincapié en el nacimiento de Jesús en el mundo regido por el emperador Augusto y el gobernador Quirino de Siria (2,1-2). Todos los habitantes participan en un censo, registro que a Roma le servía de base para recaudar impuestos y tributos (2,1-5). El ángel anuncia a los pastores el nacimiento de Jesús utilizando un lenguaje que, como hemos analizado anteriormente, refuta las pretensiones de Roma: “Os traigo una *buena noticia* de gran alegría *para todo el pueblo*: hoy os ha nacido en la *ciudad de David un Salvador*, que es *el Mesías, el Señor*” (2,11, la cursiva es mía). Este anuncio presenta como buena noticia el nacimiento de Jesús, no el del emperador.

Jesús, y no el emperador, es Salvador y Señor. Jesús, y no el emperador, es el representante legítimamente ungido (Mesías) y el rey de la dinastía de David, al que se le ha confiado hacer presentes los designios de Dios. Y estos designios no reservan la bendición para un puñado de privilegiados, poderosos y acaudalados, sino que la extienden a todo el pueblo.

Como hemos señalado en el capítulo 2, en la versión de Lucas, Jesús da comienzo a su ministerio público citando Is 61. Con esta cita declara que su ministerio le ha sido encomendado por Dios y que él mismo es el representante de la bendición de Dios que transformará el mundo de Roma.

“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar la Buena Noticia a los pobres; me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y dar vista a los ciegos, a libertar a los oprimidos y a proclamar el año de gracia del Señor” (4,18-19).

El lenguaje de “liberación” y “año de gracia del Señor” recuerda Lv 25. Este capítulo anuncia un año jubilar cada cincuenta años en el cual los esclavos son liberados, las deudas, canceladas, y las tierras, devueltas a sus propietarios originarios. El año jubilar era un mecanismo para impedir que una sociedad llegara a quedar dominada por los ricos y poderosos. El mundo de Roma no es la voluntad de Dios. Jesús anuncia que la actividad de Dios para salvar y transformar este mundo está en marcha. Como Pablo y Mateo, Lucas lanza un ataque teológico y social contra las pretensiones de Roma.

Conclusión

Roma afirmaba que su imperio gozaba de sanción divina, pues sostenía que los dioses habían escogido Roma para manifestar en la tierra la soberanía de los dioses, su presencia, representación y bendiciones. Los escritos del Nuevo Testamento rechazan las pretensiones de Roma y afirman, en contra de ellas, que los designios de Dios acabarán prevaleciendo sobre los asun-

tos humanos. Las cartas de Pablo y los evangelios de Mateo y Lucas presentan a Jesús como el representante de la soberanía de Dios, de su presencia, voluntad y bendiciones en el presente y el futuro. Entretanto, los discípulos de Jesús deben continuar desempeñando el papel de éste.